

randi de estos monstruos. Utilicé, además, el rigor de la ciencia histórica para el tratamiento y la obtención de los documentos que sirvieron para elaborar los perfiles y las biografías, fuentes que están reseñadas al final del libro para dinamizar la lectura del documento principal.

Antes de entrar en materia y de explorar el origen del mal y la mente de estos delincuentes, es necesario definir el concepto de asesino en serie.

¿Qué es un asesino en serie?

La terminología y los estudios acerca de los asesinos seriales son relativamente recientes. Aunque cautiva la imaginación popular, se trata de una categoría científica establecida por el criminólogo estadounidense Robert Ressler, para quien un asesino serial es una persona que ha cometido una serie de asesinatos (al menos tres), llevado por sus deseos y convicciones más que por condiciones políticas, militares o económicas.

En este sentido, los asesinos en serie son seres humanos que cazan a otros seres humanos, los masacran y ultiman, sin estar motivados por ideales o presiones sociales. Así, militares, ladrones, delincuentes, paramilitares y otros sujetos que ejecutan personas en medio de sus actividades no pueden ser denominados como asesinos en serie, pues sus intereses son externos debido a que obedecen órdenes o siguen fanatismos políticos y religiosos.

Luego de años de estudio, Ressler subdividió a este tipo de asesinos en dos categorías: los organizados y los desorganizados. Los asesinos en serie organizados tienen la capacidad de planificar el delito, inclusive años antes de cometerlo. Actúan con premeditación, llevan su propia arma, escogen cuidadosamente a sus víctimas, comprenden las técnicas de investigación

judicial, tratan de no dejar evidencias, se cambian de ropa luego de cometer sus crímenes, limpian sus huellas digitales, descuartizan y esconden los cuerpos. Son personas que manipulan su entorno y muchas veces se muestran atractivas y seductoras. Evitan ser capturados y rara vez confiesan sus crímenes. Cuando son sentenciados y conducidos a prisión se adaptan fácilmente al encierro, poseen un excelente comportamiento y se destacan como líderes o presos ejemplares, aunque tratan de escapar a la menor oportunidad.

Esta clase de asesinos es la más peligrosa, ya que actúa por mucho tiempo sin ser capturada. Acechan a las personas valiéndose del engaño y la estafa por encima de la violencia, se hacen pasar por autoridades o adoptan roles que representan ingenuidad y seguridad—discapacitados, sacerdotes, policías, bomberos y maestros— para someter y matar a sus víctimas.

Ted Bundy, uno de los más reconocidos asesinos en serie estadounidenses, mató, torturó y violó a más de una treintena de mujeres. Simulaba ser una persona discapacitada con uno de sus brazos rodeado por un yeso falso y dejaba caer varias revistas frente a sus víctimas, quienes inocentemente se agachaban para ayudarle. Aprovechando la situación, Bundy las golpeaba con una barra de metal en el cráneo para luego encerrarlas en el baúl de su auto y transportarlas hasta un lugar despoblado, donde cometía las peores aberraciones.

Asimismo, Luis Alfredo Garavito se hacía pasar por sacerdote para engañar a sus pequeñas víctimas y Daniel Camargo Barbosa, el sádico del Charquito, se hizo pasar por un desprevenido turista evangélico para someter, violar y asesinar a más de sesenta muchachas en Ecuador.

Contrario a la creencia popular, la mayoría de asesinos seriales organizados no quiere ser capturada, no reta a la policía

ni tiene genialidad macabra. Son personas sedientas de poder, cuyas fantasías se han desbordado hacia la realidad; adictas a la muerte, alimentan su lóbrega alma con el placer y el poder que les provoca el homicidio; son monstruos que han llenado de tristeza el hogar y el alma de centenares de familias.

Por otra parte, existen los asesinos seriales desorganizados. Son homicidas atrapados en un universo de locura que no planifican sus crímenes. Generalmente desfiguran a sus víctimas, utilizan cualquier instrumento para matar y no se preocupan por ocultar los cuerpos. Son asesinos que se encuentran en estado psicótico y que no son responsables de sus actos, pues son impulsados por creencias fantásticas o versiones alteradas de la realidad. Cabe anotar que en Colombia no han existido casos de este tipo, puesto que la mayoría de los monstruos que exploramos en este libro son criminales metódicos, crueles estrategas y horrendos verdugos conscientes de sus acciones y culpables de sus delitos.

A pesar de que esta clasificación ha sido tomada por la Criminología como una de las más confiables, durante los últimos años el FBI la ha puesto en duda. Algunas de sus investigaciones apuntan a que los asesinos en serie poseen algunas características que no pueden englobarse dentro de este tipo de tipologías, porque se trata de personas que actúan debido a diferentes factores ambientales, genéticos o sociales y son sujetos que no están limitados por su origen étnico o religioso, su género u orientación sexual, su edad o su condición social.

Los asesinos seriales son un fenómeno del que ninguna cultura ha podido escapar. Desde China hasta Portugal y de India a Colombia los casos se cuentan por cientos y las víctimas por miles, pero en cada uno de estos lugares existen diferentes perfiles y formas de castigarlos.

El perfil del asesino en serie colombiano

A diferencia de los asesinos en serie estadounidenses, los colombianos son personajes de extracción popular que se debaten en medio de la miseria y que subsisten mediante el engaño y el robo. Rara vez han terminado sus estudios secundarios y no logran construir hogares estables (aunque algunos establecen relaciones de pareja inestables y de corta duración).

Su infancia está llena de maltratos y humillaciones. Muchos de ellos son hijos de la violencia, cuyos padres fueron desplazados o asesinados en medio de los conflictos políticos y de las guerras civiles que han asolado al país. Todos se inician en el delito en su juventud: roban, atracan y violan durante su adolescencia. Contrario a la mayoría de los asesinos de este tipo en el mundo, a excepción de Nepomuceno Matallana, los monstruos colombianos son violadores compulsivos. Comenten violaciones sexuales por años y, al ser capturados y condenados, sufren un proceso de acentuación de sus fantasías, lo que incrementa sus deseos sádicos y violentos. Entre los 20 y los 30 años ejecutan sus primeros asesinatos, cuando ya se han transformado en bestias sedientas de dolor y sangre.

Tanto Garavito como Pedro Alonso López, Camargo Barbosa y el Monstruo de los Cañaduzales fueron, en primera instancia, criminales comunes y abusadores sexuales que, una vez atrapados y liberados, se entregaron a calmar su sed de poder y placer mediante la muerte, la violación y la tortura.

Este es un panorama desalentador, si tenemos en cuenta las estadísticas de abuso sexual en el país y los casos de violadores en serie. Para la muestra, un dato: en el año 2010, Jorge Susa Escobar fue detenido en Bogotá luego de violar a treinta mujeres durante tres meses bajo el puente vehicular de la avenida 68

con calle 26, a pocas cuadras del Ministerio de Defensa y de la Dirección General de la Policía Nacional. Al revisar sus antecedentes, las autoridades quedaron anonadas por el gran número de abusos sexuales que formaban su prontuario, que contenía registros desde 1995. Casos como este demuestran lo frágil de nuestro sistema judicial, así como lo inerme que puede estar la sociedad frente a estas amenazas.

Otra coincidencia significativa entre los monstruos colombianos es la mecánica criminal que utilizan. Engatusan a sus víctimas con estrategias similares: les ofrecen dinero o les solicitan ayuda para conducirlos voluntariamente hasta lugares des poblados y desiertos donde abusan de ellas y acaban con sus vidas mediante técnicas compulsivas.

Además, una característica recurrente es la trashumancia. Poseen un comportamiento nómada y errático, lo que los convierte en vagabundos del terror que transitan de pueblo en pueblo, desparramando a su paso dolor y cadáveres. No permanecen más de un mes en un mismo lugar y vuelven mecánicamente a su ciudad natal para obtener ayuda de sus familiares. Su movilidad es tan alta, que tres de ellos —López, Garavito y Camargo Barbosa— cruzaron las fronteras y dejaron decenas de víctimas en Ecuador, Perú y Brasil.

De igual manera, muestran una tendencia a coleccionar objetos pertenecientes a sus víctimas, fetiches que les permiten recordar sus crímenes y volver a experimentar el placer que sintieron en el momento de asesinar. Al instante de su captura, Camargo Barbosa poseía un oscuro maletín en el que guardaba alhajas y fotografías de sus víctimas; Garavito coleccionaba recortes de prensa en los que se detallaban sus homicidios y Manuel Octavio Bermúdez guardaba la ropa interior de sus víctimas como un tesoro.

Este comportamiento podría servir para identificar a otros asesinos en el futuro. En este sentido, si los investigadores revisaran con detenimiento las pertenencias del asesino de Rosa Elvira Cely, el brutal Javier Velasco Valenzuela, es probable que descubrieran pistas de otros delitos. Asimismo, si los funcionarios judiciales tuvieran los recursos y la infraestructura suficiente para realizar su trabajo, con seguridad hallarían que muchos sindicados de homicidio son, en el fondo, asesinos en serie o criminales reincidentes.

Una última característica remarcable en estas personas es su compulsión por escapar de prisión. Tan pronto se les presenta la oportunidad, muchos de ellos huyen de prisiones de máxima seguridad y continúan con sus asesinatos. Camargo Barbosa logró fugarse de forma sorprendente de la isla Gorgona; Nepomuceno Matallana utilizó una serie de tretas para burlar a sus carceleros en media docena de oportunidades y Manuel Octavio Bermúdez aprovechó una toma guerrillera para eludir su encierro.

Por último, se señala que frente a los medios de comunicación se muestran prepotentes y tratan de culpar a la sociedad de sus acciones para ocultar una personalidad horrenda y manipuladora bajo la máscara del arrepentimiento y la redención.

Ausencia de política criminal en Colombia

En la mayoría de los países del mundo los asesinos seriales son ejecutados o condenados a cadena perpetua. La totalidad de las investigaciones realizadas ha establecido que es casi imposible que exista una resocialización y que es seguro que en libertad volverán a matar.

Sin embargo, la justicia colombiana no está diseñada para nuestra realidad. En este país asesinar a un niño es igual que

asesinar a cien mil, lo que imposibilita la existencia de penas que permitan proteger a la sociedad. Durante años la ciudadanía ha vivido aterrorizada frente a la posible libertad de Luis Alfredo Garavito y está en lo cierto, porque es muy probable que el feroz asesino cumpla la totalidad de su pena en el mediano plazo.

Estamos ante una catástrofe similar a la que han representado las masacres que ha sufrido el país, ya que, si sumamos las muertes provocadas por estos cinco criminales, podríamos llegar fácilmente a las quinientas víctimas. Quinientas personas inocentes, en su mayoría niñas y niños, que carecen de justicia y que solo habitan en los recuerdos de sus familiares, puesto que nunca volverán de la muerte.

Esta indignante injusticia resalta en el caso de Manuel Octavio Bermúdez, el Monstruo de los Cañaduzales, quien podría quedar en libertad en poco más de una década. Mas si creemos que esto no es posible, debemos recordar el caso de Pedro Alonso López, el Monstruo de los Andes, a quien el imperfecto sistema penal colombiano dejó libre en 1998, a pesar de ser considerado el mayor asesino serial del mundo y de que representa un peligro para nuestros niños. Basta recordar que, en el año de 1993, el horrendo homicida afirmó en una entrevista: "Algún día, cuando esté en libertad [...] estaré encantado de volver a matar. Esa es mi misión".

Es fundamental, entonces, la modernización y transformación de nuestra legislación penal y la infraestructura penitenciaria, con el fin de proteger a la ciudadanía dejando a un lado los sofismas, la indiferencia y las soluciones mediocres sobre un sistema carcelario hacinado y a punto de reventar. Si en el país existe dinero para financiar reinados de belleza y propaganda gubernamental, ¿por qué no han de existir recursos y presupuestos que permitan consolidar un sistema penitenciario acor-

de con la población del país y un Código Penal que responda a la realidad? Es necesario definir condenas largas y perpetuas para estos casos, mas no la pena de muerte que convertiría al Estado en otro asesino en serie.

Aunque no quiero ser pesimista, es evidente que la situación de Colombia es bastante preocupante. Con un índice de impunidad bordeando un 70% —lo que significa que buena parte de los delincuentes ni siquiera ha sido identificada y está en libertad—, con unas cárceles atiborradas y con unos investigadores mal pagados y con pocas herramientas, es altamente probable que exista más de un de Garavito atacando en algún rincón de la patria en este mismo momento.

Espero que esta obra no solo sirva para concientizar al país, sino para transformarlo, para evitar el asesinato de inocentes y para que Colombia despierte y entienda que una sociedad sin justicia es una sociedad sin paz, que habitamos entre una comunidad expuesta como ninguna otra al dolor y al sufrimiento y que nuestro Código Penal está diseñado para arcángeles, a pesar de que vivimos entre monstruos.

PEDRO ALONSO LÓPEZ

El Monstruo de los Andes

Aunque el mundo esté lleno de desgracias, tristezas, engaños y muertes, también contiene belleza y bondad. No obstante, pareciera que el diablo se paseara por la tierra acompañado de un puñado de monstruos que matan y torturan inocentes, pisotean la dignidad humana y dejan a su paso una estela de pena y dolor, cuyas aberraciones tienen por testigo a una sociedad despavorida, horrorizada, amedrentada e indiferente. Una de estas historias, la de uno de esos horribles y nefastos personajes, es la de Pedro Alonso López. Su vida representa una oscura tragedia, una pesadilla que para muchos es una realidad palpable y desgarradora, una historia olvidada, repleta de injusticia y crueldad.

A pesar de que los años han borrado de la memoria de Colombia el recuerdo de los crímenes de López, sus actos han marcado un hito en la historia universal de la infamia como un devenir de acontecimientos perdidos en el tiempo que conforman un prontuario aterrador. Sus asesinatos feroces lo convirtieron en el Monstruo de los Andes y llevaron a que sus acciones fueran señaladas como las del mayor asesino en serie de la historia, en su momento.

Para entender las razones que llevaron a un campesino de la región andina colombiana a convertirse en homicida, debemos

entender la complejidad de su mente y su historia vital, sumergiéndonos en su infancia y juventud y explorando sus sentimientos, amores y odios, situaciones que estudiaremos tratando de encontrar la raíz del mal.

Por ello, en las siguientes páginas seremos testigos de la forma en que el asesino recorrió Colombia, Ecuador y Perú, sobreviviendo con robos menores, limosnas y trabajos esporádicos, al mismo tiempo que acababa con la vida de un número indeterminado de niñas inocentes y sembraba tristeza a su paso por pueblos, ciudades y carreteras. Observaremos con consternación cómo sus asesinatos carecieron de fronteras y de justicia, ya que hasta la fecha López se encuentra en libertad, lo que constituye una afrenta para la memoria de las víctimas y una vergüenza para los sistemas judiciales de los países andinos.

La captura de un monstruo: revelaciones y sorpresas

Corrían los años setenta y la mayoría de los países latinoamericanos se encontraba bajo dictaduras y crisis económicas. En Ecuador el terror se esparcía sobre campos y ciudades eclipsando a la política internacional: el país andino se enfrentaba a la desaparición masiva de niñas en todo su territorio.

Era el año de 1979 y las páginas de los principales diarios del país estaban saturadas con fotografías y nombres de las desaparecidas. En los noticieros se mostraban imágenes de madres desconsoladas y padres furiosos que pedían justicia. El fenómeno tomó tanta importancia que alarmó al presidente de la República, Jaime Roldós Aguilera, quien ordenó a las fuerzas de seguridad redoblar sus esfuerzos en busca de los culpables de los raptos.

La policía ecuatoriana barajó diferentes hipótesis. Por el número de desaparecidas y la distancia geográfica que existía

entre cada uno de los casos, se concluyó que no debía tratarse de un individuo o una pequeña organización, sino que los culpables debían formar parte del crimen organizado. Debido a que las víctimas bordeaban la adolescencia y eran de escasos recursos, se determinó que podría tratarse de un caso de trata de blancas.

En la mente de los investigadores, la trata de blancas parecía un calamar gigante que extendía sus tentáculos alrededor del mundo, alcanzando al Viejo Continente y los países musulmanes, en donde se conectaba con lujosos harenes y prostíbulos masivos. En esos años, el delito del tráfico ilegal de mujeres estaba en auge y era perseguido con intensidad por todo el continente. En la mayoría de los países suramericanos eran comunes las leyendas urbanas sobre mujeres raptadas y esclavizadas, historias que parecían más un espejismo o un mito exótico que una realidad concreta.

Por la gravedad de la situación, se ordenó vigilar los principales puertos del país. En Guayaquil y Salinas los agentes buscaron a la temible organización entre muelles, cuarteles y calabozos, en tanto preguntaban por las desaparecidas en pensiones de mala muerte, esperando encontrar cualquier indicio que condujera a dismantelar la aterradora banda criminal.

Ante la ausencia de capturados e indicios sólidos, se barajaron otras hipótesis que incluían la venta ilegal de órganos y la existencia de redes locales de prostitución. Se inspeccionaron hospitales y unidades de trasplante, así como los burdeles de las principales ciudades del país. Desde Tulcán hasta Cuenca y de la costa a la selva, comandantes y policías tenían la orden de monitorear y vigilar a cada persona sospechosa hasta dar con los responsables de los raptos.

Ante los resultados negativos, las fuerzas de seguridad ecuatorianas consultaron con sus vecinos, en especial con el F2

colombiano, una fuerza de inteligencia vinculada con la Policía nacional. La respuesta fue alarmante: la Policía colombiana reportaba un extraño aumento en los casos de desaparición de niñas del mismo rango de edad —entre seis y catorce años— tan solo un par de años antes en la frontera con Ecuador. De otro lado, las autoridades peruanas respondieron que existía un incremento en el registro de desapariciones en los departamentos de la frontera norte, aunque consideraban que se trataba de una tendencia normal porque no existían denuncias oficiales ni pruebas de que se tratara de un fenómeno vinculado con el tráfico de mujeres.

A pesar de la información proporcionada por las autoridades peruanas, día tras día las niñas seguían desvaneciéndose, esfumándose para siempre, evaporándose como si fueran presas de algún fenómeno o fuerza sobrenatural. En ningún caso había testigos o sospechosos, no existía captura alguna y ni siquiera se habían encontrado objetos personales de alguna de las víctimas.

Meses después, durante el inicio de 1980, en la ciudad de Ambato, capital de la provincia de Tungurahua, los raptos parecían intensificarse. Los padres de familia vigilaban a sus hijas con temor. Las noticias daban cuenta de nuevos casos y la desesperación parecía apoderarse de una ciudadanía que, indignada, acusaba a cualquier sospechoso creando conatos de linchamiento.

Ambato es un centro comercial gigantesco con más de media docena de pequeños mercados especializados en diversos productos que incluyen desde plantas medicinales hasta artefactos tecnológicos. En estos lugares es común que las mujeres administren y posean puestos de comida en los que se pueden degustar los llapingachos, unas tortillas de papa en salsa de maní que se venden entre el bullicio de las gentes. También es normal

que estén acompañadas de sus hijas, quienes colaboran en los oficios de la cocina durante las duras jornadas de trabajo.

Fue en uno de esos lugares donde el enigma de las desapariciones comenzó a aclararse. El 9 de marzo de 1980, el mercado se llenaba con el olor de los caldos y las frituras y los clientes se movían por los pasillos en busca de un lugar, mientras el calor de los hornos disipaba el frío andino. En un extremo del comedor, un hombre delgado, de aspecto desordenado, con el cabello sucio y aplastado bajo una brillante capa de gomina, fijó sus ojos en la pequeña María de tan solo diez años. Su mirada penetrante atemorizó a la niña. Se acercó y le ofreció unos pocos sures para que lo acompañara. La menor dudó y, con la voz temblorosa, alertó a su mamá.

Carlina Ramón Poveda estaba a pocos metros, pues durante días había estado preocupada por su hija. No se despejaba de ella un solo instante y estaba siempre pendiente de sus movimientos, porque conocía las historias que corrían entre las vendedoras de ladrones encapuchados que atrapaban niñas humildes a quienes extirpaban los órganos para venderlos a ricos y extranjeros. Por eso reaccionó de inmediato al ver a su hija expectante frente al extraño que la miraba con deseo. Alertó a sus compañeras y, en un santiamén, el mercado se convirtió en el escenario de un ejército de vendedoras que perseguían al sospechoso, quien en lugar de un perverso contrabandista de órganos parecía un indigente. El hombre intentó huir y se escabulló hacia la salida, pero un tumulto de mujeres le cortó el paso. El sujeto se lanzó al piso y se cubrió la cabeza para evitar los golpes, gritando que él era una buena persona y que no le hacía daño a nadie.

La policía controló rápidamente la situación, más preocupada por la suerte del hombre que por su culpabilidad. En las

últimas semanas habían sido comunes los conatos de linchamiento y su prioridad era alejar al perseguido antes de que la situación terminara en tragedia. Los agentes retiraron al sospechoso del lugar, llevándolo a un cuartel cercano donde lo encerraron. Estaban seguros de que el capturado era un chivo expiatorio, un pobre diablo, una víctima de la rabia colectiva. Poco a poco se darían cuenta de que se trataba de uno de los mayores criminales de la historia.

En tanto la calma volvía al mercado, el sospechoso no cesaba de decirles a las autoridades que era una buena persona y que tenía su "corazón limpio". Afirmaba que su captura era injusta y demandaba que lo dejaran marchar. Los policías decidieron hacer un interrogatorio de rutina, una diligencia más motivada por el protocolo que por un interés específico. Los agentes utilizaron un cuestionario estándar, preguntando por su oficio, su presencia en el mercado, su origen y su nombre. El hombre sonreía y mostraba seguridad en sus respuestas; contó que se dedicaba a viajar y que trabajaba en lo que podía, que a veces pedía limosna y ayudaba a cargar bultos en los mercados, que se transportaba a pie de pueblo en pueblo y que para alimentarse consumía frutas que conseguía a la vera del camino, que no era ecuatoriano sino colombiano, que no tenía documentos y que su nombre era Pedro Alonso López.

Ante estas revelaciones, un joven teniente decidió probar suerte: golpeó al detenido y le exigió que confesara su participación en la organización que se llevaba a las niñas, lo atacó a puntapiés y lo amenazó de muerte. Pero el interrogatorio, con tintes de sesión de tortura, fue interrumpido con brusquedad. El capitán Pastor Córdoba entró a la sala y corrigió al subalterno, pues sabía que la violencia no serviría para obtener información, así que se preparó para interrogar al capturado sin agredirlo.

Las horas pasaban, caía la tarde en Ambato y el frío de los Andes se colaba por cada rincón de la comisaría. La atmósfera helada encerró a López en un mundo de silencios al tiempo que las puntas de sus dedos se enfriaban. Un halo de tranquilidad gobernaba el ambiente y se sentó pasivamente al otro lado de las rejas que lo separaban de la libertad, reponiéndose de los golpes que le habían propinado. Sin embargo, su quietud se rompió en mil pedazos y la habitación se inundó de alegría cuando el capitán Córdova abrió la puerta acompañado de un plato de comida y un paquete de cigarrillos. En ese momento, una corriente cálida recorrió el cuerpo del sospechoso hasta dibujarle en el rostro una extraña y sigilosa sonrisa. De esta forma, Pastor Córdova interpuso una estrategia para construir un lazo de amistad con el detenido. Le preguntó por su estado de salud y sus sentimientos. López respondió y entabló la charla, comentando con la voz lenta y perezosa que su mente era "muy evolucionada" y que no entendía por qué el teniente lo golpeaba. El comandante le pidió disculpas y en tono compasivo le preguntó sobre la organización de trata de blancas. Confundido y un poco molesto, Pedro Alonso le respondió que no sabía nada sobre eso y que no entendía nada. El capitán lo miró desconsolado; le dijo que necesitaba encontrar a las niñas, que sus familias estaban desesperadas y le pidió que por favor colaborara.

Al escuchar sobre las menores, el hombre asumió otra actitud, su mirada se concentró y su cuerpo se incorporó como si un tornillo se hubiese removido en su interior. El hombrecillo tímido desapareció y una presencia arrogante inundó la sala. Su voz tomó seguridad y firmeza al responder que ya entendía lo que pasaba, que "estaban equivocados: las niñas no estaban en poder de ninguna organización, sino de un ser muy especial". Córdova quedó estupefacto, porque no sabía si estaba frente a

los delirios de un demente o frente a la resolución del rompecabezas que pondría fin al misterio de las desapariciones.

Los hombres dudaban por momentos, mas la sonrisa en la cara de López se agudizaba y sus rasgos se volvían prepotentes. El investigador preguntó al sospechoso sobre el "ser especial" del que hablaba, esperando que una elucubración propia de un desequilibrado se desprendiera de sus labios. La respuesta dejó desencajados a los policías, desatando sentimientos de terror y rabia. López no dudó un solo instante, miró fijamente a los ojos de su entrevistador y respondió en forma seca: "Ese ser especial soy yo y no busquen más a las niñas, que están todas muertas".

El oficial no daba crédito a las palabras del asesino y creía que eran las de un demente. Por experiencia sabía que no es raro que algunas personas se autoinculpen de crímenes que no cometieron para llamar la atención, como tampoco es extraño que algunos enfermos que sufren de desórdenes mentales admitan crímenes imaginarios. No obstante, algo parecía no encajar y solicitó al detenido que señalara el lugar donde se encontraba el cuerpo de alguna de sus víctimas.

López aceptó sin dilación y una patrulla de policías se preparó para partir en busca del cadáver al mismo tiempo que la noticia se regaba como pólvora. En las calles se extendía el rumor de que uno de los secuestradores había sido capturado, encendiendo las esperanzas del rescate de las niñas. La alegría pronto se transformaría en dolor. López condujo a la pequeña comitiva hasta una hacienda a las afueras de la ciudad, donde lo insospechado se convertiría en realidad.

El grupo partió en las primeras horas de la mañana. Los agentes se apertrecharon con una vieja camioneta de la Policía nacional de Ecuador y tomaron rumbo al campo. A medida que se alejaban de la ciudad, las montañas andinas reinaban en

el espacio y el verde fluorescente que las cubría resaltaba con los rayos de un sol que penetraba inclemente entre el frío de la cordillera. La camioneta atravesaba una débil neblina que ocupaba el horizonte, en tanto López sonreía y guiaba al conductor por un laberinto de caminos rurales. El asesino parecía tener un mapa incrustado en su memoria, pues conocía a la perfección cada ramal de la intrincada maraña de senderos de la zona, a pesar de haber estado tan solo una vez en ese lugar.

Después de algunas horas los investigadores lucían agotados y el sospechoso los llevaba por caminos cada vez más distantes. Habían dejado atrás varias poblaciones y solo algunas casas de campesinos e indígenas se asomaban silenciosas y solitarias a los costados de la carretera. De repente, López pidió detener el vehículo, descendió con tranquilidad, fijó su vista en un rincón de la polvorosa vía que transitaban y avanzó caminando como un autómatas, internándose en un potrero.

El grupo sobrepasó varias alambradas en medio de praderas y rodeados de vacas holstein, hasta que distinguieron una curiosa construcción de madera, una especie de cajón o caseta, frente a la que se detuvieron. "Aquí está la prueba señores. Aquí tengo una de mis muñecas", afirmó López, rematando la oración con un risa mordaz.

Los policías estaban seguros de que se trataba de un engaño, aunque debían llevar la diligencia hasta el final. Se acercaron hasta la pequeña caseta y, armados con palancas, forzaron la desvencijada puerta, que se quebró dejando al descubierto una dantesca y horrorosa escena. Frente a sus ojos se encontraba un pequeño cadáver encogido de forma antinatural sobre un viejo colchón. El cuerpo estaba desnudo y comprimido. A su alrededor se encontraban sus ropas y varios periódicos arrugados y amarillentos. Los agentes contuvieron la rabia y la respiración;

al parecer, aquel hombre sencillo que se frotaba las manos y sonreía como un desquiciado era el responsable único de la mayor serie de desapariciones en la historia ecuatoriana.

Una vez alertado, el resto del equipo llevó el cuerpo hasta las oficinas de los médicos forenses, donde se determinó que la víctima había sido violada en repetidas oportunidades y que su muerte había sido causada por estrangulamiento. Al revisar su ropa, se dieron cuenta de que concordaba con la de una de las desaparecidas, llamada Ivanova Jácome. Los padres pronto se presentaron y reconocieron los vestidos como los de su hija. La información llegó con rapidez hasta el presidente de la República, quien ordenó que se llevara al asesino a los sitios que solicitase para recuperar la mayor cantidad de cuerpos:

El capitán Córdova fue oficialmente encargado de la investigación. Con el fin de conseguir información, perfeccionó su estrategia y creó un lazo de amistad con el asesino. Le llevaba pollo—su comida favorita— y se sentaban juntos a fumar cigarrillos sin filtro y a tomar café, mientras una grabadora recogía cada una de las conversaciones que sostenían. En una de esas sesiones, el oficial le preguntó a López cuántas niñas había asesinado. Con gran tranquilidad, el asesino miró el techo de la habitación, estiró sus brazos y afirmó: “Más de doscientas en Ecuador, algunas decenas en Perú y muchas más en Colombia”. El capitán palideció. Si Pedro Alonso decía la verdad, se trataba del mayor asesino en serie de la historia de la humanidad en su momento.

Es normal que muchos asesinos seriales se adjudiquen más asesinatos de los que cometieron. Por ejemplo, en Estados Unidos, pese a que el asesino serial Henry Lee Lucas afirmó ser el culpable de la muerte de más de mil personas, se ha establecido que no estuvo involucrado en más de una docena de homicidios. Lee nació en el año 1936 en un pueblo de Texas y, como

otros asesinos seriales, llegó al mundo en el seno de una familia desestructurada. Su padre, Anderson Lucas, había perdido las piernas en un accidente ferroviario y pasaba sus días en medio del desempleo y el alcoholismo. Su madre, Viola Lucas, era una indígena apache que había sido expulsada de su comunidad. La juventud de Lee estuvo rodeada por el crimen, y pasó parte de su adolescencia entre rejas por robos menores. En 1960, a la edad de 23 años, volvió a casa luego de salir de la cárcel, pero sus conflictos internos destruirían su hogar. Luego de un altercado con su madre, tomó un cuchillo de cocina y la apuñaló hasta matarla para luego tener sexo con su cadáver.

Muchos psicoanalistas explican los ataques por apuñalamiento como una analogía de la penetración del falo en el cuerpo de la víctima. Con su ataque, el agresor recrea de manera simbólica una violación figurada, violenta y mortal. En este caso la violencia sexual fue real y explícita, lo que podría explicarse como una mala resolución del complejo de Edipo.

Según Freud, el complejo de Edipo se refiere a la atracción pre-sexual que, inconscientemente, siente un niño por su madre. Simultáneamente, surge en el niño un sentimiento de odio por el padre.

El periodo de manifestación del complejo abarca, aproximadamente, los seis primeros años de vida del niño, como parte de la llamada etapa fálica. La actitud comprensiva de los padres ayuda a solucionar este conflicto y el hijo puede salir del complejo. Para lograrlo, el niño intenta parecerse a su rival, el padre, para superarlo, y termina identificándose con él. El padre se vuelve un modelo, un ejemplo a seguir. Lo mismo ocurre con la niña y su madre.

Sin embargo, en el caso de López, la ausencia del padre y la mala identificación con su madre hacen que canalice su libido,

su deseo sexual, hacia la violencia, la destrucción y el odio. El miedo y la frustración se transforman en agresión y deseo de muerte.

Luego del crimen, Henry Lee Lucas fue detenido y sentenciado por el homicidio de Viola, con el atenuante de ser considerado una persona con problemas mentales. Durante cuatro años se le sometió a electrochoques, recluido en una cárcel de mediana seguridad. Alrededor de 1975 fue liberado y, de forma similar a Pedro Alonso López, se convirtió en nómada, iniciando una cadena de asesinatos en las autopistas del estado de Florida. Allí conoció a Ottis Toole, quien también se interesó por el asesinato. Juntos formaron un dúo letal que esparció muerte por las carreteras del sur de los Estados Unidos. Ottis no estaba solo: le acompañaba su sobrina Becky, de 15 años de edad, que se convirtió en cómplice y pareja sexual de Henry. Después de una pelea, la niña terminó siendo otra de sus víctimas. Llevado por sus más bajos instintos, Lucas le clavó un puñal en más de veinte oportunidades para luego violar y desmembrar su cadáver.

Empero, su cadena de infamia no duró mucho. Luego del homicidio, la policía lo identificó y fue capturado, lo que lo llevó a confesar los asesinatos que había cometido. La noticia de sus crímenes se propagó y, de un momento a otro, el rostro de Lucas empezó a aparecer en las portadas de periódicos y revistas. El asesino parecía gozar de su inesperada fama pues, de la noche a la mañana, un indigente asesino se convirtió en una figura mediática.

En sus primeras confesiones afirmó que llevaba más de diez años matando, aunque a diferencia de los captores del Monstruo de los Andes, la policía de Florida creyó en su declaración. Obnubilado por la fama, Henry confesó ante las cámaras los asesinatos de hombres, mujeres y niños de formas inverosímiles: estrangulamientos, fusilamientos, canibalismo y crucifixión